

to entre unas solitarias y asperísimas quebraduras.

—Aquí hemos de estarnos hasta que la tarde caiga,—dijo Pero Cantueso de la Redondela.— A la media noche habremos llegado al castillo, y si Dios nos ayuda, la nueva aurora ha de mostrar sobre las almenas de la torre del homenaje de Alfagor, la enseña del rey nuestro señor D. Alfonso IV.

Comieron aquel día de lo que llevaban en las acémilas, y al caer la tarde se emprendió de nuevo la marcha en demanda del castillo.

CAPITULO XIII.

De cómo cumplieron su penitencia
D. Pero Nuñez y Pero Cantueso de la Redondela,
y lo contentos que quedaron de ellos
el rey y el Cid.

Era tan mirado como el Cid, Pero Cantueso de la Redondela.

No dijo á D. Pero Nuñez que los amores que su hija por él sentia habian sido la causa de que el Cid le perdonase.

Pero como D. Pero Nuñez se empeñase en saber á quién debia su perdon, Pero Cantueso de la Redondela por salir del paso, le dijo que á su señoría la reina se le habia hecho fuerte que por una locura hija del valor se matase infamándole á un buen caballero; que la reina ha-

bia intercedido para con el rey, y que al fin el rey se había ablandado; pero con el presupuesto de que D. Pero Nuñez fuese á romperse la cabeza contra las murallas del castillo de Alfagor.

Habia dejado, como debía, en la sombra Pero Cantueso de la Redondela á su hija.

Así es, que D. Pero Nuñez continuo en la ignorancia de lo amado que era por doña Elvira, y se afirmó más en la idea de que la reina estaba enamorada de él, lo que le supo á mieles, no embargante siempre su delirante pasión por Giazul.

Por supuesto que tampoco Pero Cantueso de la Redondela adivinó los libertinos pensamientos y desatentados y traidores del mancebo, que si tal adivinara, á pesar de su hija y de cien hijas que hubiera tenido enamoradas D. Pero Nuñez, Pero Cantueso de la Redondela hubiera tenido un lance sério con él, y á todo trance, porque por costumbre y concomitancia, Pero Cantueso de la Redondela se parecia mucho al Cid, tanto en no temer á los peligros, como en lo duro que era para con sus enemigos, así como tambien en las delicadezas y en las sutilezas del honor.

Caminaron con gana y con deseo de embes

tir con la fortaleza de Alfagor, y cuando la media noche era por filo, llegaron á un barranco que cortaba por el pié la peña en que la fortaleza de Alfagor se sustentaba.

Desde el barranco á la poterna del castillo serpeaba un ágrío y escabroso sendero, más bien una escalera tallada en la roca.

Era la noche oscura y de ventisca, cosa que favorecía los propósitos de Pero Cantueso de la Redondela.

Los moros, que sabían que no había en dos leguas á la redonda cristianos, que así lo habían visto los corredores que por el día habían salido, no estaban tan vigilantes como hubiera sido menester.

—Sus amigos,—dijo á su gente Pero Cantueso de la Redondela,—que en la obra estamos, y ó la damos feliz cima esta noche, ó vemos para qué hemos nacido, que si al asalto hemos de tomar nosotros solos los altos y fuertes muros del castillo, ya tenemos obra, no digo yo para ocho días, sino para todo el tiempo que les duren las vituallas á los que están dentro. Así, pues, nuestra tarea es arrimar los barriles que traemos á la puerta y ponerla fuego y combatirla con el ariete, y abrirnos paso y meternos dentro; conque silenciosamente á llevar los barriles

y el ariete á la poterna, que este ventarron que corre nos ayuda para encubrir el ruido de nuestros pasos, y pié á tierra y descárguense las acémilas y llévense las bestias léjos, no sea que el relincho de algun caballo nos descubra.

Hízose como lo habia mandado Pero Cantueso de la Redondela, y con mil penas y con esfuerzos sobrehumanos, se subieron silenciosamente á la poterna del castillo los barriles inflamables, y se encaramó Dios sabe cómo el ariete y se le armó.

Cuando esto estuvo hecho se puso fuego á los barriles y se levantó una llama voráz que desprendia de sí un humo tan espeso y tan ácre, que en los matacanes que sobre la poterna habia no podia parar sér humano, ni en las almenas de las dos torres que la poterna flanqueaban, porque aquel dentísimo humo sofocaba.

Así es, que no podian caer piedras de lo alto, ni venablos, ni ningun otro género de arma arrojada.

Entretanto, á pesar de las planchas de hierro de la puerta, el fuego, que era voracísimo, la envolvía, y el ariete batía á través del fuego sobre ella, y á cada momento crugía con más indicios de quebrantarse.

Trabajaban nuestros trescientos remudándo-

se en el ariete, y parte de ellos estaban espada en mano y á pié firme, esperando una acometida por fuera de los moros que se saliesen del castillo contra ellos por el postigo.

Y así fué, que acudieron unos doscientos moros á la plataforma que ante la poterna del castillo se extendia, quedándose otros tantos dentro.

Salíale bien su plan á Pero Cantueso de la Redondela, porque lo que el queria no era asaltar murallas, sino cojer en corto y en un combate de cuerpo á cuerpo á los moros.

Trabóse cuando éstos sobrevinieron la más descomunal pelea que se leyó jamás en libro de caballería, y como cada escudero del Cid valia por un ejército, los moros eran atropellados y muertos donde quiera que se encontraban.

Pero por más que el lance fuese de mejor en mejor, y los moros cayesen tres á tres, cinco á cinco, diez á diez, bajo las hachas y las espadas de los castellanos, el peligro era inminentísimo.

Resistia la puerta, y la campana del castillo batía apresuradamente á rebato.

Y se oia allá la otra campana de guerra de la Puebla de Alfagor que contestaba á la del castillo, como diciendo:

—“Teneos firmes, que allá vamos nosotros.”

Sabido es que los moros no usaban las campanas más que para la guerra, y que estas campanas eran de una sonora fundición de todos metales y en forma de pandero.

Se las llamaba también atambores, y tantas veces llaman los chinos á otras campanas semejantes.

Se las batía con un mazo de madera forrado de baqueta, y su vibración se extendía á largas distancias.

Duraba el fuego de la puerta, porque cuando se consumían unos barriles se arrojaban otros, y diez ó doce de los escuderos continuaban impulsando el ariete.

En cuanto á los moros, que habían salido fuera, los que no habían sido muertos ó heridos, se habían puesto en fuga.

Se fueron en busca de refuerzos de la Puebla de Alfagor.

—Apretad, hidalgos, apretad,—decía Pero Cantueso de la Redondela á los que impulsaban el ariete,—metámonos dentro antes que los de la Puebla lleguen, que si llegan, muy mal hemos de pasarlo.

Al fin cedió la puerta, y tan á tiempo, que ya se oía el alarido de los moros de la Puebla de

Alfagor, que empezaban á trepar por las cortaduras.

Metiéronse por la poterna los trescientos dos veteranos.

Atropellaron los moros que dentro de la poterna se les opusieron.

Se derramaron por la fortaleza y lo llevaron todo á cuchillo.

Entretanto, cien escuderos se habían quedado guardando la poterna.

Se barreó de nuevo la puerta con maderos que en el interior se encontraron.

Se apeló á las ballestas que en la armería del castillo había, y á las piedras apiladas en sus adarves.

Se combatió toda la noche.

Al amanecer, los moros huían vencidos, y sobre la alta torre del Homenaje ondeaba el estandarte real de Alfonso VI, de que había provisto á Pero Cantueso de la Redondela, el Cid.

Los que con los caballos habían ido á esconderse entre las quebraduras, vinieron al castillo.

Poco después, D. Pero Nuñez de Lara, con veinte escuderos, salía de la fortaleza de Alfagor en demanda de Alcalá, á la que llegó bien entrada la noche.

Llevaba las llaves del castillo y una carta de

Pero Cantueso de la Redondela, que D. Pero Nuñez habia escrito, porque el buen alcaide de los escuderos del Cid no sabia escribir otra cosa que la palabra victoria con el filo de su espada.

Entróse D. Pero Nuñez hecho un brazo de mar por la posada del Cid, y ansiando despachar con él para ir á rendir homenaje al rey, y despues á la reina.

Los rubios cabellos y los ojos azules de doña Constanza de Borgoña no se iban del pensamiento del audaz mancebo.

Recibióle el Cid severo y grave, aunque contento, y díjole:

—Leedme la carta del alcaide de mis escuderos, que de noche no me amaño bien á leer.

Y era que el Cid leia y escribia muy medianamente.

“Magnífico señor,—decia la carta;—vuestra merced nos dió ocho dias de plazo para tomar la fortaleza del Alfagor, la hemos tomado en ocho horas; yo sentiré mucho que á vuestra merced no le contente el que no la hayamos tomado en ocho minutos. Si así es, señálenos vuestra merced otra faena, en la cual puede ser logremos mejor fortuna. No tengo que decir á vuestra merced nada por lo que toca á D. Pero Nuñez

de Lara: ninguno de vuestros escuderos ni yo nos tenemos por mejor que él.”

—Bien,—dijo el Cid;—ahora veo que la penitencia que os he impuesto ha sido de poco momento: por lo mismo, veremos de emplearos en otra nueva empresa ántes de perdonaros completamente, que grave fué vuestra culpa, y bien merecías estar ya pudriéndoos. No embarante esto dadme un abrazo, D. Pero Nuñez, que, bien mirado, hombres de vuestro aliento bien merecen un abrazo mio, y pelillos á la mar, y cuenta con lo que en adelante se hace, y muchas gracias, hijo, que me habeis sacado con honra del empeño en que perdonándoos de un castigo merecido me puse: y presto conmigo al alcázar, que quiero que vos conmigo presenteis al rey las llaves de la fortaleza de Alfagor.

Y con esto, y habiendo abrazado el Cid y besado en la mejilla á aquel mismo á quien dos dias antes habia sentenciado á muerte en horca, al alcázar se fueron.

Don Pero Nuñez, arrodillado ante el rey, le presentó las llaves del castillo de Alfagor, y el rey se lo agradeció mucho, y le mandó pusiesen en su escudo un nuevo cuartel, campo azul, en señal de lealtad, y en él dos llaves de oro, y le despidió con el Cid.

—Antes de salir del alcázar,—dijo D. Ruy Diaz,—id á ver á la señora reina, y dadla las gracias, que mucho la debeis, y además yo creo que su señoría tiene que deciros algo.

—Y el Cid se fué, dejando á D. Pero Nuñez maravillado á las puertas del departamento de la reina.

CAPITULO XIV.

De la manera súbita que encontró la reina para quitarse de inconvenientes en su casa, y de cómo el Cid metiéndose en la renta del excusado, se hizo más y más insufrible al rey su señor.

Y de lo que se maravillaba, persistiendo en su equivocacion D. Pero Nuñez, era de que el Cid se entrometiese en aquel asunto que él creia de la reina y suyo, y no acertaba á explicárselo.

Y le iban entrando impulsos así como de considerar al Cid como una cualquier cosa, porque bien claro le habia dicho, que se le figuraba que la reina tenia algo que decirle.

¿Y qué podia ser lo que tenia que decirle la reina?

D. Pero Nuñez estaba á cien leguas ni aún